

CORTEZAS DE NARANJA

Mortificaba el olor a sudor de las mantas cuarteleras; alguien lloraba sorbiendo sus lágrimas, y el coche, con los faros apagados, trataba de sortear los baches de la carretera. Arrumbado entre las ruedas del vehículo, el sueño bregaba con el delirio de la guerra.

Madrid había desaparecido en la distancia, y la noche porfiaba con el día cuando un brusco frenazo zarandeó violentamente el habitáculo y se oyó la voz ronca del conductor que discutía con otras voces que llegaban del exterior. Alguien desde afuera trataba de limpiar el barro de la ventanilla y se entrevió al chófer agitando unos papeles. Se abrió la portezuela y asomó un rostro barbado con unas gafas tan empañadas de vaho que parecían de ciego; de pronto las calzó sobre la frente, negrearon los ojos escudriñando el interior y enseguida desaparecieron.

Por la puerta abierta se distinguían picos nevados, y las sombras de los árboles parecían espectros cubiertos de escarcha. Nadie osaba cerrar la puerta hasta que alguien, desde afuera, lo hizo de un tremendo portazo. Por fin arrancó el coche y, después de interminables horas de miedo y de silencio, el viejo trasto frenó chirriando hasta detenerse en una calle.

Con las vejigas reventando, entumecidas y hambrientas, las viajeras comenzaron a descender del vehículo. Desorientadas, deslumbradas por el violento sol del mediodía,

todavía agarrotadas por tantas horas de inmovilidad, una mujer joven, la madre, agarró la mano de una niña pequeña, se acercó a otra algo más crecida y las tres se quedaron esperando a la adolescente de trece años, Margarita, que bajaba del vehículo con un bulto entre los brazos. Indecisas, empezaron a andar, pero enseguida se pararon. Titubeaban, miraban a su alrededor. Se encontraban en una ciudad que olía a mar.

La calle se llamaba Salvador Seguí, pero alguien dijo que antes se llamaba Conde de Salvatierra de Álava. El edificio, de piedra gris y techos muy altos, tenía una hermosa cocina con una puerta acristalada que miraba a un gran patio circular lleno de luz, y de las cuerdas del tendedero colgaban mondaduras de naranja que parecían tirabuzones pelirrojos secándose al sol. El arroz se cocinaba en un puchero de barro calentado con las abarquilladas cáscaras secas, y las brasas enrojadas lanzaban chispas multicolores que se desparrramaban y formaban el espléndido arcoíris que reverberaba sobre el melancólico rostro de la madre y lo entintaba de sueños y añoranzas de su lejana isla natal.

Los cuchicheos de sus hermanas llegaban hasta aquella habitación de paredes cubiertas de retratos de gente desconocida, anaqueles tapizados de libros, porcelanas rotas y abanicos de seda jironados abandonados en una vitrina despojada. Frente al enorme ventanal, la inquietante y solemne presencia de un sillón de cuero oscuro, hendido por la huella profunda de un cuerpo desconocido, quizá rendido por el peso de infinitas lecturas y dulces duermevelas. Ella se preguntaba quién habría dejado deslizarse el tiempo arrebujado en aquel sillón que miraba el mar de aquella ciudad mediterránea, símbolo de una felicidad extraviada. Pero en aquella habitación sentía rondar la muerte, y entonces se iba a la cocina para aspirar el intenso olor a naranja que se desparrramaba por el patio y perfumaba de jardín toda la casa.

Lejos de allí había otro mundo. Un cuartito de paredes grises y una puerta abierta a una gran explanada, circundada de edificaciones achatadas que mostraban las negras entrañas de los talleres. Al fondo, los enormes tanques de combustible, emborronados de brochazos de pintura mate para hurtar al enemigo los dentellados reflejos del metal y un continuo trasiego de camiones cisterna camuflados de marrones y ocres verduzcos atravesando la explanada, esquivando a los que desaparecían por los vientres oscuros de los hangares.

Los hombres del carburante, impregnados de un horrible olor a gasolina, iban y venían enfundados en los monos de faena que alguna vez fueron azules. Aquellos hombres sólo entraban en la pequeña oficina para trazar un torpe garabato en los vales del combustible que cargaban en sus camiones cisterna. A veces miraban distraídos a la silenciosa criatura rubia y alargaban sus fuertes manos ennegrecidas para ofrecerle un pan blanquísimo, pan de arroz que únicamente existía en aquella bendita tierra valenciana, un milagro blanco entre tanta hambre y tanta guerra que ella no era capaz de aceptar porque aquellas manos solidarias estaban negras de sudor y de petróleo. Ellos la miraban sorprendidos sin comprender el rechazo, daban media vuelta y se marchaban en busca de sus cisternas, se encaramaban de un salto y arrancaban hacia los puntos estratégicos de descarga donde posiblemente los esperaban otros hombres maldiciendo la guerra y la tardanza.

Aquel mundo negro era el grao, una zona a caballo entre la playa y la ciudad. Allí la alarma aérea aullaba con tanta frecuencia que ya casi nadie corría a los precarios refugios, ni siquiera los hombres de los peligrosos depósitos del carburante, que raramente utilizaban la grasienta escalerilla que conducía al refugio porque preferían descargar su miedo y su rabia mascullando maldiciones. Gemían las sirenas y, casi

al instante, se oía el zumbido de aviones volando bajo, gritos, carreras y el estrépito de algo desplomándose. Se alejaban los motores y los antiaéreos dejaban en el azul del cielo nubecillas de algodón. Confundidas entre el polvo que lo envolvía todo yacían fragmentadas las cortezas de naranjas, pero como las guerras no se hacen sólo a cañonazos, muy pronto otras volverían a balancearse en el tendedero.

HORMIGUERO HUMANO

Los gritos y la música amortiguaban el ruido de las puertas y ventanas que se cerraban para impedir el paso de aquella paz desmemoriada. Ella deambuló por la casa hasta que se dejó caer en un rincón de la galería. De pronto, surgió una imagen de la infancia: una colosal masa de gente cantando y ondeando banderas, un hormiguero humano que cubría toda la calle de Alcalá reptando hacia la Puerta del Sol, tanta gente que no se distinguía ni principio ni fin.

La niña contemplaba aquel río serpenteante con el mentón apoyado en la fría balaustrada, y sintió el mismo miedo de entonces, un miedo que le impidió moverse cuando alguien, desde un balcón del edificio colindante, tuvo la mala sombra de arrojar sobre aquella multitud el contenido de una palangana llena de agua. Pudo verse una mujer y un vestido floreado que desaparecían precipitadamente por la puerta del balcón, pero un trozo de tela se quedó enganchado, flameando como una bandera. El hormiguero humano se detuvo con los puños en alto, bramó enfurecido y hubo conatos de asalto al edificio: se oyeron las ininteligibles y distorsionadas voces de los altoparlantes y, por fin, la muchedumbre se movió muy lentamente. Aunque cada vez que la marea humana alcanzaba la fachada de la casa volaban insultos y amenazas.